

La Secretaria

Valeria, posada sin reclinarse sobre el sofá de la sala de espera, contemplaba altiva al joven mientras éste salía del despacho del señor Ernesto Almendros, claramente preguntándose si debía o no cerrar la puerta detrás de sí. Diez minutos antes el candidato rival, sentado a su lado a falta de otro sitio, había pasado el rato ojeando nerviosamente su propio currículum. Hasta qué punto nerviosamente debido a la entrevista que le esperaba con el diputado o por el aura de estéril eficiencia que solía efluir de Valeria, efecto que de hecho cultivaba, no estaba segura. El chico se inclinó un poco hacia ella y empezó a susurrar, con gran deferencia,

–Creo que ya le toca...

Hasta que le interrumpió una voz procedente del umbral:

–¿Srta. Valeria Ortiz? Puede usted pasar.

Ignorando al joven, Valeria inclinó infinitesimalmente la cabeza en la dirección del que había hablado, un hombre que probablemente aparentaba más edad de la que tenía pero que en todo caso estaba chupado como una momia, se puso en pie sin separar en ningún momento las rodillas y entró en el despacho.

–Buenos días, tome asiento, por favor –dijo desde el otro lado de su mesa el Sr. Almendros, alzando brevemente la mirada mientras rebuscaba entre papeles–. Bueno, a ver... veo que tiene usted amplia experiencia profesional... –continuó, sin haberse presentado– sobre todo para sus años, notable, notable... y –mirándola de nuevo, algo desconcertado– si me permite el atrevimiento, he de decir que esta foto no le hace justicia.

–Le agradezco el cumplido, Sr. Almendros. Será quizá porque el currículum que está mirando no es mío.

–Ah, pues no, parece que es de un tal Manuel Chamizo, disculpe...

El hombre momia acudió en su auxilio y ambos comenzaron a hurgar entre los estratos de papeles que había sobre la mesa. Debía de tener unos sesenta, calculó Valeria, regordete y algo desaliñado, con unas gafas diminutas en equilibrio sobre una pequeña nariz rechoncha. Dieron simultáneamente con el documento y, aliviado, el señor Almendros comenzó a leer una sección aleatoria en busca de algo que preguntar. Para contratar a Antonio, su secretario personal desde hacía décadas, no hizo falta nada de esto. Pero ahora éste se jubilaba, y su hija Carmen le había insistido para que buscara a un reemplazante. Desde que murió su madre, Carmen lo trataba como a un viejo, como si no supiera apañárselas. (Por otra parte, menos mal que estaba, no sabía cómo se las apañaría si no. En realidad, era también por ella que buscaba a un sustituto, pues con

demasiada frecuencia había empezado a ser Carmen la que se encargaba de organizar su vida profesional, y no era justo.)

–Veo que hizo usted una doble carrera de derecho y administración de empresas. A ver, ¿cuáles diría que son las principales aptitudes personales necesarias para asegurar el buen funcionamiento de una empresa... bueno, o de un tribunal, por ejemplo?

En los ojos de la joven no podía estar seguro de si lo que veía era lástima o derrisión. Volvió a mirar sus papeles.

* * *

Valeria salió del despacho habiendo firmado ya su contrato. Tenía la impresión de que tanto el diputado como su ex-secretario habrían hecho lo que fuera por no contrariarla. Mientras caminaba hacia el taxi, se permitió la leve tensión pasajera en las comisuras de los labios que solía hacer el papel de sus sonrisas.

* * *

–Carmen, ¿sabes qué? Ya tengo secretaria.

–Ya, ya oí tu mensaje, papá. Pues muy bien, ahora tendrás que ir enseñándole cómo va todo. ¿Qué tal es?

–No, no... no hace falta enseñarle nada, es la encarnación de la eficacia. Hoy mismo, en su primera mañana, me buscó en internet toda la información sobre el centro este que te dije en Alemania... en alemán, ¿eh?, o en inglés, no sé, y llamó al eurodiputado Hans Schreib...-no-sé-qué y me preparó una videoconferencia, que yo no sabía ni lo que era, para mañana. Menos mal que va a estar ella, si no no sé cómo íbamos a hablar. Bueno, y le dicté una carta para el pesado este de Valencia, y ya no es que lo apuntara todo bien conforme se lo iba dictando, ¡es que lo mejoraba! Seguro que ese ya no me da más la lata. Bueno, es estupenda, todo el mundo debería tener una igual.

–Pues me alegro mucho, papá, enhorabuena por tu hallazgo. Perdona, te tengo que colgar que los niños se matan. Un beso.

* * *

–Deje su mensaje después de la señal.

–¿Carmen? Mira, mi niña, perdona, al final no voy a poder ir a cenar con vosotros. Valeria me ha organizado una cena con los de la patronal. Dice que es tremendamente importante. Hasta me ha dejado una lista de cosas que tengo que decir, a ver si me da tiempo a aprendérmela antes de las nueve. Lo siento. Diles a los niños que será la semana que viene, ¿vale? Os quiero.

* * *

–Es su hija, Sr. Almendros.

–¿Mi hija? Pues hágale pasar, Valeria, por supuesto. Gracias.

–Hola, papá, perdona que te moleste en el trabajo.

–No, no. Ya te he dicho que te pases cuando quieras. –Miró furtivamente hacia la esquina de Valeria, que ya tecleaba, silenciosa pero velozmente, de nuevo en su portátil.

– ¿Y qué te trae por aquí?

–Pues he leído tu artículo en el periódico.

–Ah... ¿te gustó?

–Supongo que no está mal. Lo que me parece un poco extraño es que esto sobre política monetaria lo hayas escrito tú. ¿De verdad son tus ideas?

–Viene mi nombre abajo, ¿no?

–Pues, ¿por qué no me explicas, así con tus palabras, qué es lo del “*quantitative easing*” este, o lo que quieres decir con esto de que “el BCE parece inconsciente de la espada de Damocles de la deflación”?

Ernesto se enderezó las gafas (algún misterioso mecanismo se encargaba de torcerlas siempre que se ponía nervioso).

–Bueno, a ver, que me han ayudado un poco... –mirando a Valeria, que seguía tecleando sin prestarles atención–, por ejemplo, Valeria me ha dado algunos consejos...

–Y ayer, en la sesión, votaste en contra de la propuesta de ley sobre recalificación del suelo... ¿Tú no estabas a favor de eso? ¿Qué te va a decir José?

–Bueno, yo... –Miró otra vez a Valeria, que seguía haciendo como si nada.

–Papá, ¿puedo hablar contigo a solas?

Entonces Valeria alzó la vista.

–Disculpen –dijo tersamente mientras se levantaba con parsimonia de su asiento, clavando en Carmen una mirada tan vacía de emociones que a ésta le vino a la mente un título: La Rebelión de las Máquinas.

–¡Papá! –exclamó en cuanto se hubo cerrado la puerta–. ¿Pero esto qué es? Desde que tienes a esta secretaria te estás transformando. Parece que hubieras perdido el uso de razón, tu libre albedrío. La tienes que despedir.

–No es culpa de Valeria, ella es estupenda...

–Sí, ya me lo habías dicho. Pero la contrataste para que te gestionara las cosas, no para que tomara las decisiones por ti.

–Pero si yo mismo la elegí en la entrevista...

–¿Y entonces ya está? ¿A apechugar? Contratas a alguien para que haga un trabajo. Si no lo hace bien, ya sea por vaga, ladrona o porque se exceda y pretenda tomar por ti las decisiones, pues la echas y punto. Esto es como si, por ejemplo, yo qué sé... pues tú que eres diputado. Es como si la gente os votara pero una vez que hubieseis salido elegidos, pasarais totalmente de lo que esa misma gente quisiera o pensase, y os limitaseis a hacer con su dinero y en su nombre lo que os viniera en gana. ¿Tú crees que algún electorado con dos dedos de frente fuera a aceptar eso?